



Pluma y Lápiz

Año V.—N.º 167.— 10 cénts.

Barcelona 10 de Enero de 1904

La enmienda de Juan

AL despertar, á las doce del día, encontróse Juan tendido en el suelo de la cocina. Poco á poco se fué despejando su torpe cabeza, se dió cuenta de lo que era la causa de que despertara en tan duro lecho, y no pudo menos de exclamar: «¡Esto no está bien, esto no es decente!»

Se levantó con dificultad, las piernas se negaban á sostener su cuerpo demacrado y consumido por la escasez, el trabajo, y por las borracheras á que con sin igual constancia se entregaba cada sábado al salir de la obra. Apoyándose en las paredes llegó hasta el pequeño comedor, dejóse caer en una de las dos viejas sillas que únicamente había, apoyó sus codos en la carcomida mesa de pino y por primera vez en su vida se fijó su pensamiento en la miseria que le rodeaba, y en la vida arrastrada de su mujer, que lavaba como una condenada toda la semana, mientras él dejaba la mayor parte de su jornal en la taberna. Sintió que se avergonzaba de sí mismo, un doloroso estremecimiento recorrió todos sus miembros como si recibiera él los brutales golpes que descargaba en el cansado cuerpo de su mujer cuando, al llegar borracho á su casa, creía un deber aporrearla bárbaramente; pero lo que le llegó al



alma, lo que le hizo ver mejor lo repugnante de su vida y le hizo sentir crueles remordimientos, fué recordar la resignación con que ella soportaba los golpes, las ofensas y los asquerosos insultos que la prodigaba, acurrucada en un rincón de la miserable cocina, sin quejarse, sonriendo con sonrisa de ángel, y con deseos de abrazar á su Juan, á él, á aquel cuerpo lleno de vino y que apestaba á figón. Y llegaba el domingo, y cuando aun él estaba con el pesado sueño de la borrachera dando manotadas al aire, revolcándose, ella cogía el lío de su ropa para lavársela, porque los otros días de la semana se los robaba el lavadero para ganar, matándose, lo que él derrochaba envenenándose y para cubrirse de vergüenza.

Nada recordaba de lo que pasara la noche anterior, pero de fijo había de haber sido cosa gorda; á él no le había sucedido nunca llegar á dormirse en el suelo, ¡pero aquella era la última! en aquellos momentos sólo se le ocurrió una cosa, convertirse, ser hombre decente, y respiró con fuerza; tenía la garganta seca, la lengua pegada al paladar, sentía una sed horrible, una sed de haber bebido demasiado; maquinalmente fué á coger la botella que había sobre la mesa, y antes de alcanzarla retiró bruscamente la mano, como si hubiera sentido la picadura de un áspid, sus mejillas se encendieron y miró con recelo al rededor, como si temiera ver surgir de las negras paredes un testigo de su abo-



minable acción. Tranquilizóse al fin, reflexionó que el aire de la calle acabaría de despejar su torpe cabeza, pero antes de salir quiso dejar encima de la mesa, para cuando volviera su mujer, los restos que le quedaran de su mísero jornal, y quedó frío, con los ojos desmesuradamente abiertos, como si hubiera visto aparecer una visión..., sacó del fondo de su bolsillo una mugrienta y raída baraja... se desplomó sobre la silla, y de su garganta se escapó una queja prolongada, parecida á una blasfemia de borracho.

Llegó por fin el sábado; toda la semana había estado Juan en batalla consigo mismo, era cosa decidida, no volvía á la taberna aunque en ella estuviera seguro de hallar su felicidad; y era tan firme su propósito, que hasta llegó á abominar y maldecir el arrinconado figón cuando en su memoria se retrataba con sus paredes ahumadas, sus mesas llenas de manchas aquellos quinqués apestosos, desparmando una semiclaridad cargada de sombras y velada por el espesor de la atmósfera, pesada, pestilente y pegajosa, que encendía el rostro, incitando á la garganta á blasfemar y á beber vino, para acabar por subirse á la cabeza, atontada ya por el exceso de la bebida, y entonces echar todo el cuerpo á la calle, á arrastrar su vergüenza, asustando á

la gente pacífica y haciendo reír con sus traspiés y sus grotescas contorsiones á las mujerzuelas que se cruzaban con él en el arroyo, para dar luego, con que todo iba á descargar sobre las espaldas de su mujer, la Macaria, la santa, como Juan la llamaba en su contrición, porque aquello era santidad, vaya si lo era, aporrearla y no quejarse, ir él borracho y ella estrecharle entre sus brazos y responder á sus insultos con besos que se evaporaban al contacto de aquel respirar que apestaba á mal tabaco y peor vino.

Y en aquella lucha Juan salió vencedor, después de poner á prueba su valor, un valor de héroe; fué con sus compañeros hasta la misma puerta de la taberna, se despidió de ellos, oyó con indiferencia como le llamaron poco hombre y le dijeron que todo aquello no era más que miedo á su mujer; y por toda contestación se encogió de hombros, hizo un gesto de repugnancia al miserable tabernucho y fué á pasear su triunfo, porque quiso entrar en su casa á la misma hora que iba los otros sábados; así vería la Macaria todo el valor de su sacrificio, y al revés de sus compañeros, había ella de encontrarle mucho hombre.

¡Cuánto soñó el infeliz! ¡cuántos planes de felicidad se forjaban en su apretado magin mientras paseaba á la ventura por calles y plazas, solamente para dejar pasar el tiempo y para dar la grata sorpresa que reservaba á su mujer!... «Lo que es mañana no va al lavadero,» decía entre sí, ya cansado é impaciente al dirigirse á su casa; «qué ha de lavar: mañana es día santo; mañana es para mi solo, para que la vean á mi lado esos borrachos que me han llamado poco hombre:» y cuando llegó á su casa su corazón latía con violencia; le pareció interminable la estrecha y larga escalera, y empujó con violencia la derrotada puerta de su mísero cuarto, y vió á su mujer que le aguardaba, como siempre, acurrucada y temerosa en el rincón de la miserable cocina...

Por un momento creyó que aquello era sólo un sueño, que él volvía otra vez borracho á su casa... un olor nauseabundo fué á herir su olfato y á escitar sus sentidos; aquella casa apestaba á vino, á aquel vino que él maldecía con todas sus fuerzas, y al acercarse á la Macaria, que le sonreía, y al oírle como le llamaba Juan de su alma, lo comprendió todo; aquella sublime resignación á los golpes y á los insultos... por un momento tuvo Juan intenciones de aplastar á su mujer, la arrastró hacia él... y, reflexionando filosóficamente, dejó caer aquel cuerpo pesado y andrajoso y, volviendo la espalda, tomó nuevamente el camino de la taberna, mientras ella le veía alejarse, no con la sonrisa de ángel que el infeliz había creído ver en su rostro, sino con la horrible mueca del idiota...

EMILIO TEXIDÓ



—La verdad es que la blusita está cursi de veras. Pero ¿para qué me ha dado Dios este talento que no me cabe en la cabeza?... Se vuelven las mangas de arriba á abajo...

LOS REYES MAGOS

Son visiones lejanas las que ahora evoco: era un niño, y recuerdo cómo jugaba con aquel Nacimiento que poco á poco, llegando Navidades yo mismo armaba.

¡Qué montañas fingía! ¡Qué verdes prados!
¡Qué castillos más grandes, y qué casitas!...
¡Qué paisajes más lindos, medio nevados,
con sus cabras de barro muy pequeñas!

¡Cuántas luces temblando continuamente!
¡Qué molinos de viento más bien erguidos!...
¡Qué arroyos... qué cascada más imponente
con sus puentes de alambre, por mí tendidos!

Una estrella radiando destellos vagos,
las ramitas plantadas, por arboleda...
¡y en la cumbre de un risco los Reyes Magos
bajando lentamente por la veredal...

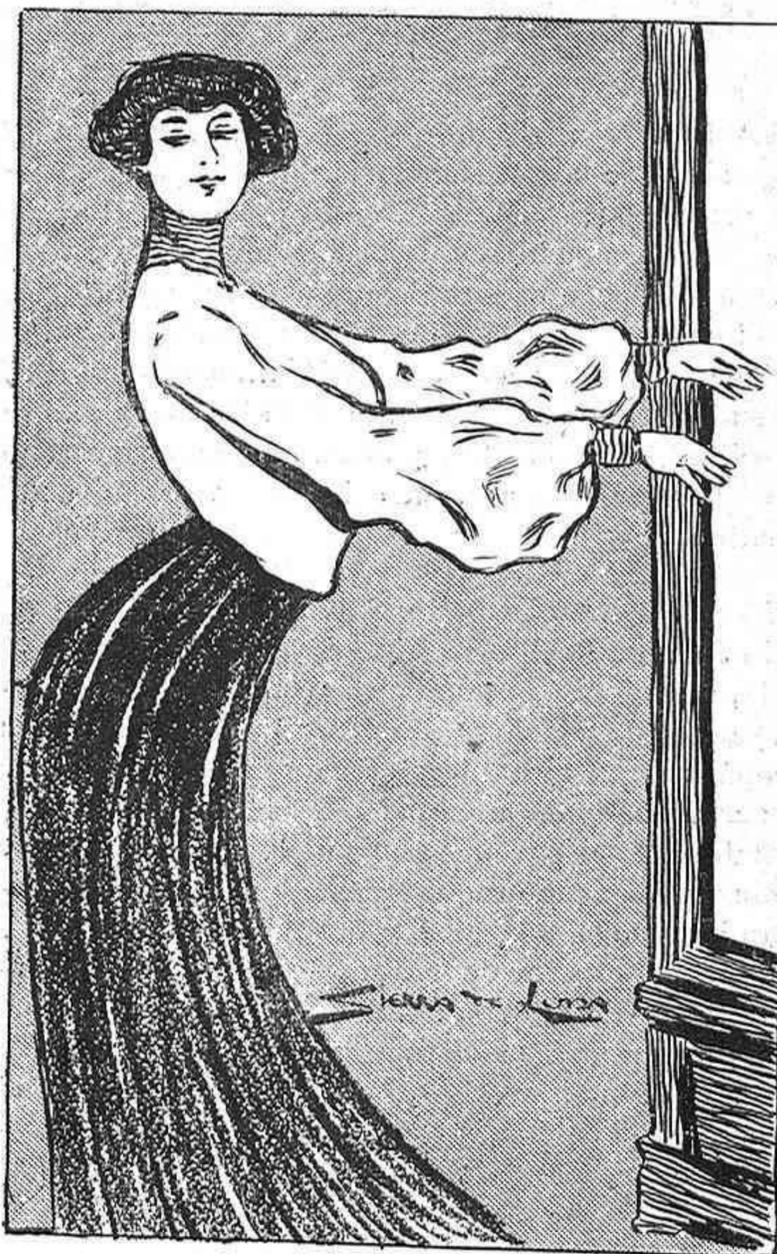
Los pastores aquellos con sus panderas...
los otros con regalos... los que bailaban...
más allá las pastoras... las lavanderas
que en el *crystal* del río se retrataban...

Y al pie de una montaña maravillosa,
construida sin peñas y sin granito,
sobre un fondo pintado de azul y rosa,
¡el Niño-Dios durmiendo en su portalito!...

Son visiones lejanas que lleva el viento...
hoy vislumbro en mi mente destellos vagos;
¡mas se apagan las luces en un momento!

¡Ya distingo tan sólo, del Nacimiento,
en la cumbre de un risco, los Reyes Magos!

J. B.



... y tan elegantita. ¿No es cierto?

escribiera un drama; y el invitado empezó el que lleva por título *Un manresá del any vuyt*. Llevaba hechos dos actos y el tercero *no le salía*. Así pasaron seis meses. Ferrer estaba verdaderamente preocupado. Un día hallábase con un amigo en la estación de Vich cuando acertó á pasar un pobre ciego. Ferrer exclamó:

—Ya tengo el tercer acto.

Y en efecto, el protagonista, después del segundo acto, se vuelve ciego. En la obra se desarrolla un episodio de la guerra de la Independencia, y aquél dice poco antes de ser fusilado:

—Es esta la primera satisfacción que tengo después de quedarme ciego: no verles la cara á los franceses.

Un manresá del any vuyt, valióle á su autor la cruz de Carlos III, una pluma de oro y plata, que le regaló la ciudad de Manresa, las insignias de la condecoración ofrecidas por el Círculo liberal de Barcelona, y los gastos de aquella (que hoy no sabe quién los ha satisfecho), porque el condecorado, poco amigo de exterioridades, no se preocupaba de pagarlos.

Rius y Taulet, alcalde entonces de esta ciudad, le

regaló una corona de plata, por haber dedicado Ferrer á los pobres los ingresos de la función de honor que el teatro de Novedades le dió.

Entre las obras de la propiedad de Pitarra, figura *Lo punyal d' or*, original de Ferrer.

—Sé—le dijo Pitarra—que has vendido *Lo punyal d' or*.

—No lo he vendido, me lo han comprado; porque Antonio Cuchillo me lo ha rogado mucho.

Cuchillo, concejal del Ayuntamiento, era muy amigo de Ferrer.

Pocos días después, Federico Soler le dijo:

—*Lo punyal d' or* es mio.

Yo tengo á Ferrer como un excelente autor de obras serias, y creo que es el autor festivo de más vena que hay en Cataluña; su ingenio no es tan fino como el de Vilanova y el de Llanas, pero es más abundante é indica más conocimiento teatral.

Sin embargo, me encanta más que todo eso su manera de ser, su humildad, su resignación, su odio á la política de campanario, y el haber tenido abandonadas dentro de un cesto sus cruces y laureles...

FRANCISCO GIRALDOS

DE SOIREE, POR SIERRA DE LUNA



—Bueno, ¿y qué más?

—Pero aquí no podemos hablar; nos oiría ese que está sentado al lado de usted.

—No le importe... Es de confianza...

—¿Sí?

—¡Ya lo creo! ¡Es mi marido!



Cuadro

I

POBRE Marta!
Aun me parece estar viendo su ovalada carita de ángel, con aquellos ojazos azules de mirada tranquila, dulce y soñadora.

Todavía resuena en mi oído su armoniosa voz, hablando á las flores en su triste manía de enajenada.

Porque Marta estaba completamente loca, la infeliz era una víctima más de las muchas que la sociedad cruel ocasiona con su ambición y sus negras pasiones.

Fruto de dos seres criminales, una desheredada de la fortuna, condenada á llevar sobre su frente el terrible sello del desprecio, de la ignominia.

¡Pobre!

¿Qué culpa tuviste tú de que una mujer infiel se entregase á otro hombre, olvidando aquel por quien debió sentir verdadero amor y respeto?

¿Por qué habías de ser responsable de que el amigo traidor [esgrimiese un día el cuchillo asesino contra el pecho leal y generoso que en algún tiempo fué su protector?

Ella y él fueron condenados, muriendo en el presidio; sólo tú quedaste como recuerdo de tan tremenda tragedia.

Tú, que al sentir en tu corazón el dulce sentimiento del amor, la sociedad estúpida que no perdona, se encargó de levantar ante tus ojos el velo que cubría el negro cuadro de tu origen, que, al contemplarle, fué bastante para que en el acto perudieses el conocimiento y más tarde la razón.

¡Infeliz!

II

Cuando el criado de la casa de salud vino á traerme la noticia de que la desdichada moría, no tardé cinco minutos en correr á su lado.

La tierna criatura entregaba su alma á Dios, en medio del jardín, sentada en un sillón y rodeada de flores.

Era su último capricho de loca.

Anochece. En algunos árboles se escuchaba de vez en cuando el piar de los pajarillos en ellos refu-



—¡Me río de las uniones y coaliciones políticas! A esa moza, sí, que me unía ú coaligaba yo... ¡recontra...! ¡y por el aire...!

giados; allá, á lo lejos, se oía el rumor opaco de la ciudad populosa y llena de vida.

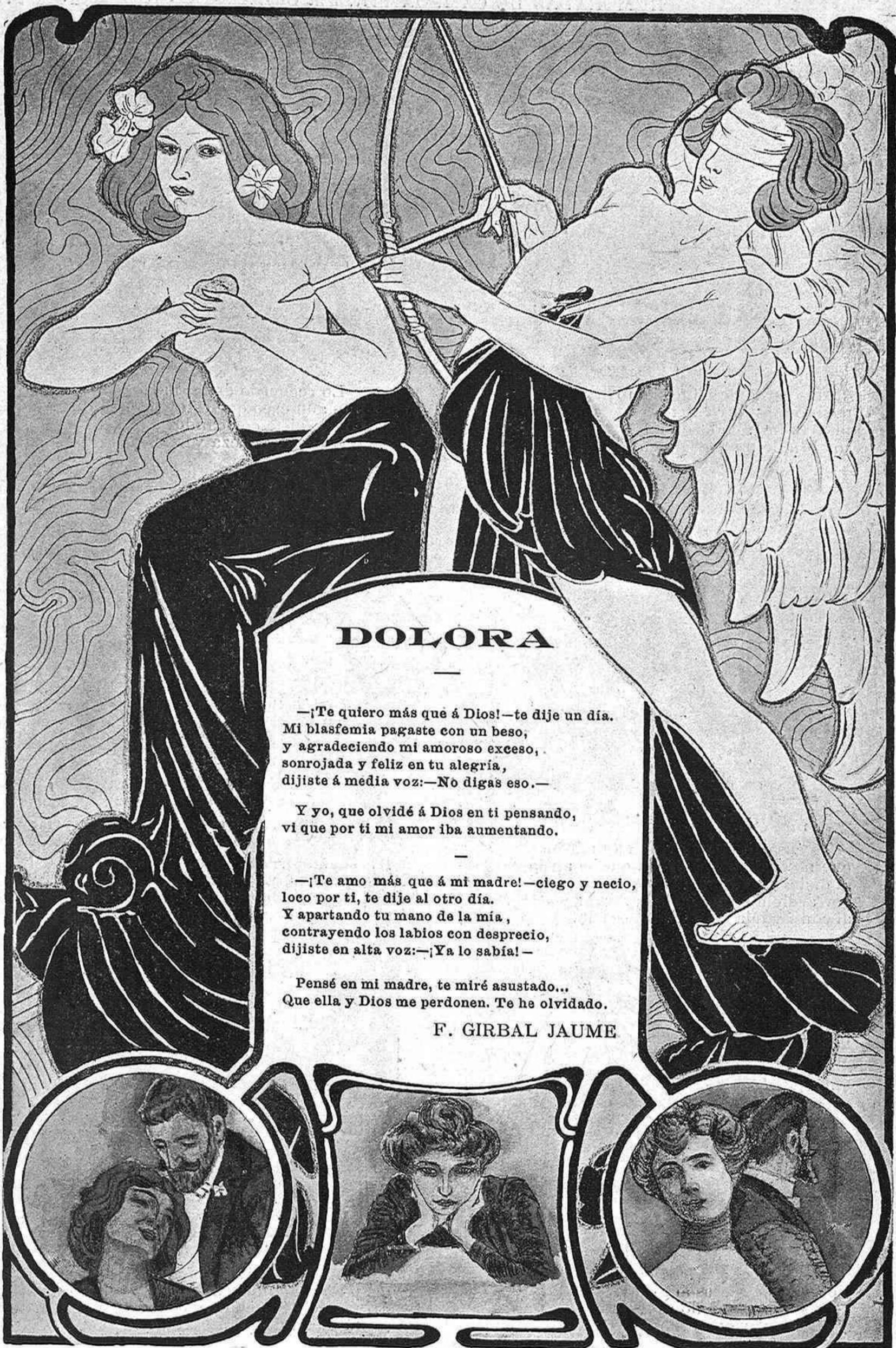
El ayudante, los dos médicos y yo, que rodeábamos á la pobre Marta, no decíamos una palabra; los cuatro completamente mudos contemplábamos como aquel hechicero rostro iba poco á poco palideciendo á medida que la muerte se hacía dueña de su existencia.

Fué cuestión de un cuarto de hora, pasado el cual todo había terminado.

La luna, que hasta entonces no brilló con toda su fuerza, se destacó serena y majestuosa sobre el purísimo azul del cielo y uno de sus rayos vino á iluminar la blanca frente del cadáver.

Era el beso de los ángeles que desde el cielo compadecían á la triste huerfanita.

F. ROSUERO DE SEGURA



DOLORA

—¡Te quiero más que á Dios!—te dije un día.
Mi blasfemia pagaste con un beso,
y agradeciendo mi amoroso exceso,
sonrojada y feliz en tu alegría,
dijiste á media voz:—No digas eso.—

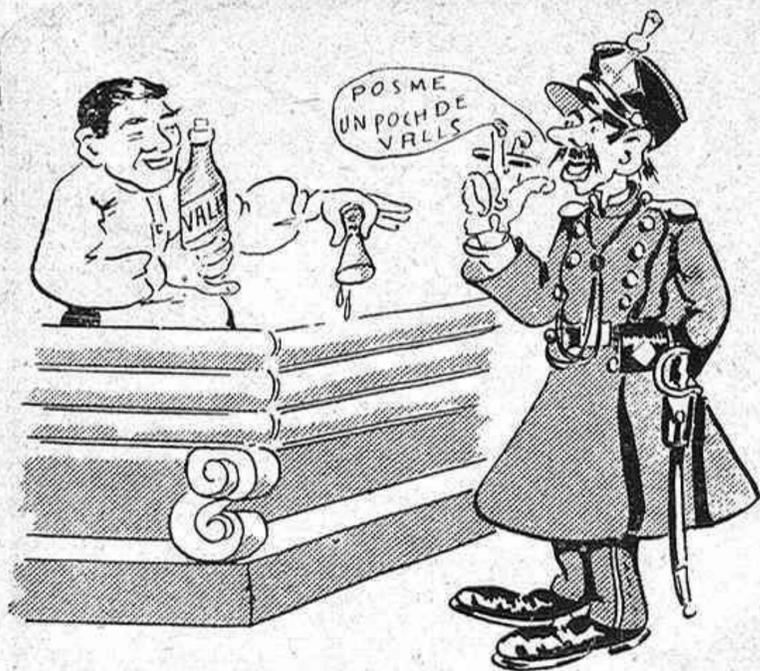
Y yo, que olvidé á Dios en ti pensando,
vi que por ti mi amor iba aumentando.

—¡Te amo más que á mi madre!—ciego y necio,
loco por ti, te dije al otro día.
Y apartando tu mano de la mía,
contrayendo los labios con desprecio,
dijiste en alta voz:—¡Ya lo sabía!—

Pensé en mi madre, te miré asustado...
Que ella y Dios me perdonen. Te he olvidado.

F. GIRBAL JAUME





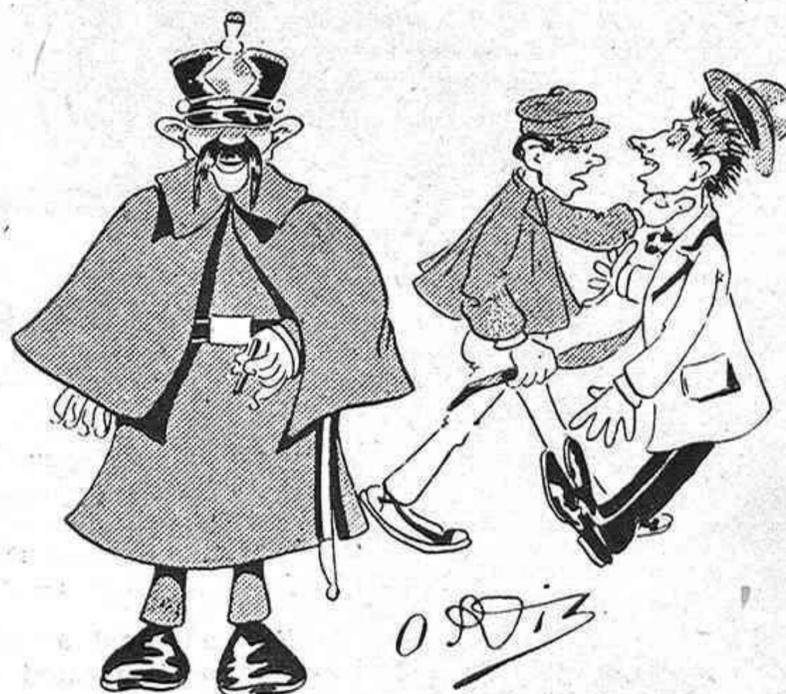
Más cerca de mí te siento
cuanto más huyo de ti,
pues tu imagen es en mi
sombra de mi pensamiento.



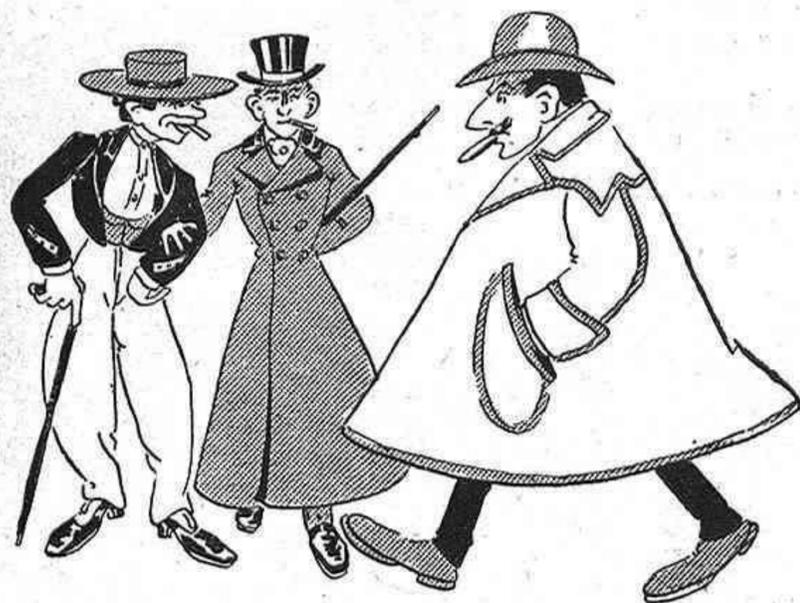
Lo recuerdo de tal modo,
que aun creo que estoy mirando
como fuiste colocando
mano, pie, cabeza y todo.



Te casaste y... ¿lo ves? Ya te decía
que no iguala al afán con que se ansía
la dicha que se alcanza;
por ardiente que sea la esperanza
al convertirla en realidad es fría.



¿Es sueño ó realidad lo que he vivido?
No lo sé, pues, yo que hablo, no estoy cierto
si al juzgarme despierto estoy dormido
ó al creerme dormido estoy despierto.



Mal hizo el que hizo el encargo
de hacer las cosas al gusto;
todo es corto ó todo es largo
y nada nos viene justo.



Así, en inútil porfía,
pasa esta vida traidora:
yo pidiéndote que *ahora*,
tú diciendo que *otro día*.

Historia de doce mujeres

por V. Suárez Casañ. — Doce novelas profusamente ilustradas en el texto, y que forman un grueso tomo encuadernado en tela y planchas doradas: 6 pesetas.

Teresa Humbert (La estafa mayor del mundo) Un tomo de 336 páginas ilustrado con grabados. Encuadernado en rústica, 1 peseta. En tela 1'50 peseta.



ZÔMOTERAPIA

EL ZÔMOL PLASMA MUSCULAR (Jugo de carne desecado)

PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la

TUBERCULOSIS, la **NEURASTENIA**,
la **CLOROSIS**, la **ANEMIA**,
la **CONVALESCENCIA**, etc.

Tres cucharaditas de café de Zômol representan **EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.**

PARIS, 8, rue Violonne y en todas las Farmacias.

TOS
POR FUERTE QUE SEA, SE CURA CON LAS
PASTILLAS DEL DR. ANDREU
Remedio pronto y seguro. En las boticas

Un artista en crímenes

Un tomo ilustrado con grabados. En rústica 1 peseta. En tela 1'50.

CRÈME SIMON
POUDRE SAVON
MARAVILLOSOS PARA LA
Toilette diaria
Preservan el rostro de las influencias del Frio, del Sol, o del aire del Mar
Blanquean y suavizan divinamente el Cutis
J. SIMON, 59; faub. St-Martin. PARIS
Evitar falsificaciones

El rey de los cocineros

Novísimo arte de cocina, conteniendo 650 fórmulas y un tratado de pastelería, repostería y confitería, por Tomás Climent y Orts. 1 tomo 1 pta.

Oleografía retrato del Papa **PÍO X**

Las familias, corporaciones, sociedades, etc., que deseen poseer el verdadero, más reciente y lujoso de cuantos retratos se han hecho de Su Santidad PÍO X, pueden adquirir el publicado por la Casa Editorial Maucci, que constituye un magnífico cuadro, de gran mérito artístico y elegante aspecto. Mide 65 X 90 centímetros; está confeccionado á todo gasto y pintado con gran escrupulosidad y exactitud en todos los detalles por el afamado artista Joaquín Diéguez.

A pesar de renir tales condiciones, esta grandiosa oleografía, tiene únicamente por

Precio: 5 pesetas

libre de gastos de franqueo.

LAS VICTIMAS PROPICIATORIAS.—HACIA LA CIUDAD, POR COLOM

